

CERVANTES, SOLDADO DE INFANTERÍA ESPAÑOLA

Francisco RAMOS OLIVER¹

RESUMEN

Miguel de Cervantes Saavedra (Alcalá de Henares 1547-Madrid 1616) fue uno más de los muchos miles de soldados que alistados en los Tercios de la Infantería española combatieron con valor y se cubrieron de gloria en la batalla de Lepanto (1571), sufrieron heridas y cautiverio y solicitaron se les hiciese alguna merced por ello, pero solo él, al cambiar la espada por la pluma, es el autor de un abundante número de obras literarias cuya cima la ocupa la excepcional novela *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, en las que sigue teniendo presente la milicia y el orgullo de haber formado en ella hasta el momento mismo de su muerte. De Cervantes soldado se puede decir que se conoce lo que él quiso que se conociese, pero en sus obras encontramos algunas claves que ayudan a conocerlo mejor; están reflejados sus conocimientos militares y, lo que es más importante, su mentalidad militar, su concepto de la milicia plenamente válido en la actualidad, que permite calificarlo como soldado ejemplar.

¹ General de división (retirado). Licenciado en Geografía e Historia. Director gerente de la Fundación Museo del Ejército.

PALABRAS CLAVE: Cervantes, Felipe II, Tercios de Infantería española en Italia, Lepanto, Corso argelino, Reales Ordenanzas para las Fuerzas Armadas.

ABSTRACT

Miguel de Cervantes Saavedra (Alcalá de Henares 1547-Madrid 1616) was one of the many thousands of soldiers that enlisted in the Thirds of the Spanish Infantry they fought courageously and covered themselves in glory in the battle of Lepanto (1571), suffered injuries and captivity and requested any mercy to take them so, but only him, to change the sword for the pen, is the author of an abundant number of works literary whose top it occupies it exceptional novel «El ingenioso hidalgo don Quijote de La Mancha», in which continues taking present the militia and the pride of have formed in she until the time same of his death. Soldier Cervantes can be said that you referred to what he wanted that he knew, but in his works we find some clues that help to know him better, are reflected his military knowledge and, more importantly, their military mentality, his concept of the militia fully valid today, allowing qualify as exemplary soldier.

KEY WORDS: Cervantes, King Philip II of Spain, Thirds of Spanish Infantry in Italy, Lepanto, Algerian Corso, Royal Ordinances for the Armed Forces.

* * * * *

Con la caída de Constantinopla en poder de los turcos otomanos el 29 de mayo de 1453, los extremos oriental y occidental mediterráneos, así como la costa norteafricana, quedan bajo dominio musulmán. El pujante Imperio otomano comienza su expansión hacia Occidente, llegando a ocupar Otranto en 1480, amenazando e incluso impidiendo las relaciones, especialmente comerciales, de los distintos Estados europeos, sobre todo de Venecia, con Oriente, lo que se añadía a la amenaza que en materia de religión, cultura, costumbres, etc., se cernía sobre la Europa cristiana.

El cerco se rompe con la toma de Granada por los Reyes Católicos y la subsiguiente expansión española por las costas norteafricanas. Al comienzo del reinado de Carlos I, dos imperios en formación que basan su fuerza en el poder terrestre, los Tercios españoles y los jenizaros turcos, se van a enfrentar en un escenario terrestre y otro marítimo: la cuenca del Danubio y el mar Mediterráneo.

En el escenario terrestre, los turcos asedian infructuosamente Viena en 1529 y 1532 y se detiene su progresión hacia Occidente, pero no así en el Mediterráneo, donde la mayor parte de las conquistas africanas de Fernando el Católico habían caído en mano de los corsarios berberiscos, más o menos dependientes del poder de Constantinopla. Entre 1530 y 1543, Carlos I se esfuerza en dominar el Mediterráneo occidental y tratar de penetrar en el oriental, ocupando al mismo tiempo los principales focos de la piratería norteafricana, y aunque se conquistó Túnez se fracasó en Argel. Los resultados fueron en general mediocres y prácticamente se perderá todo lo logrado.

La iniciativa fue siempre de los turcos, manteniendo el Emperador una actitud permanentemente defensiva, «...resistir al turco...», con lo que no buscaba su derrota, sino que no alcanzara la victoria: frenar su expansión hacia el occidente de Europa. Por eso, las acciones ofensivas que emprende están siempre inscritas en esta concepción estratégica, razón por la cual no explota el éxito de sus victorias, que implicaría el paso a una estrategia ofensiva, tan solo esbozada en los intentos fallidos de acción sobre la zona oriental, precisamente por no estar acorde con la concepción estratégica general. ¿Esta estrategia defensiva, era la que realmente quería el Emperador, o era la única posible? Probablemente lo segundo. La desunión entre los reinos cristianos, con intereses muchas veces enfrentados, hacían prácticamente imposible el conseguir la superioridad de medios y la libertad de acción necesarias para adoptar una actitud ofensiva y, por tanto, resolutiva. Es decir, no existía una correlación entre la base filosófico-política que, presumiblemente, sustentaba el enfrentamiento —la idea imperial de cruzada— y las acciones emprendidas para la consecución del que debiera ser el objetivo final —la destrucción del poderío turco—, puesto que los reinos cristianos no

pusieron a disposición del Emperador todas sus energías y alguno, como Francia, incluso llegó a un acuerdo con el enemigo en contra del él. En esta idea abunda el hecho de que al menos en dos ocasiones Carlos V iniciara negociaciones con los turcos, con vistas a conseguir una tregua que le permitiera dedicarse con más libertad a los problemas europeos. Es decir, no hubo una verdadera intención de acabar con el poderío turco; tan solo neutralizarlo o limitarlo para que no constituyera una seria amenaza. (Fernández Álvarez, 1999).

Es en esta época cuando hacen su aparición en el escenario italiano, disputado con Francia, la *Infantería española*. Finalizada la Reconquista por los Reyes Católicos, la defensa de sus intereses en Italia frente al expansionismo francés requería la organización de un Ejército dependiente del Monarca, que fuera capaz de enfrentarse a fuerzas europeas con procedimientos de combate totalmente distintos a los empleados por los musulmanes granadinos. Durante la segunda campaña de Italia (1500-1504) hace su aparición la Ordenanza de 1503, considerada el origen del Ejército español como institución estatal, con la finalidad de dar forma a la organización defensiva del Reino al dotarlo de una fuerza armada que garantizase la seguridad del territorio y respaldase la política exterior. Durante el reinado de Carlos I se conforma el aparato militar de los Austrias, que apenas va a sufrir modificación hasta la llegada de los Borbones, en el que la dinámica política exterior va a realzar el papel de unas fuerzas preponderantes en Infantería, que en virtud de lo dispuesto en la Instrucción dada en Génova por el emperador Carlos V a 15 de noviembre de 1536 para el régimen y organización de su ejército de Italia, se organizan en Tercios. (Vallecillo, 1854, 549-566; Martínez, 2008, 109-111).

En 1543, el Emperador abandona la cuenca mediterránea para centrar su actividad en el escenario centroeuropeo, enfrentado a graves asuntos religiosos y políticos, y el 24 de abril de 1547 dirige en persona la batalla de Mühlberg al frente de un ejército en el que sobresalen, al mando del duque de Alba, el Tercio de Hungría mandado por Álvaro de Sande, el de Lombardía por Rodrigo de Arce y el de Nápoles por Alonso Vivas (Ferrerías, 1724, 297), batalla en la que caen derrotadas las fuerzas protestantes agrupadas en la Liga de Smalcalda. Ese mismo año, nace el 24 de febrero en Ratisbona el que será insigne caudillo de los Tercios, don Juan de Austria, y el 29 de septiembre lo hace en Alcalá de Henares el que será ilustre soldado de los Tercios, Miguel de Cervantes Saavedra. Veinticuatro años más tarde se encontrarán en Italia.

Carlos I abdica en enero de 1556 y le sucede Felipe II que hereda un inmenso imperio pero también sus problemas, entre ellos las guerras con

Francia que se van a saldar con las derrotas de las fuerzas de Enrique II en San Quintín el 10 de agosto de 1557 y en Gravelinas el 13 de julio del año siguiente, en las que se afianza la supremacía continental de los Tercios y la superioridad de los arcabuceros españoles.

Mientras todo esto ocurre, el niño Miguel de Cervantes, cuarto de los seis hijos de Rodrigo y Leonor, quizás, no se sabe a ciencia cierta, abandonara Alcalá y siguiera a su padre en 1551 a Valladolid y después a Córdoba, de donde partiera en 1556 hacia Sevilla. En 1565 sí que está con su madre en Alcalá de Henares, donde pudiera haber establecido contacto con el que será secretario de Felipe II Mateo Vázquez, para instalarse en 1566 en Madrid que desde 1561 era la capital del Reino. Tiene 19 años y estudia con el gramático y convencido erasmista Juan López de Hoyos para labrarse un porvenir como escribano o secretario en la nueva Corte, en una sociedad estamental en la que el Rey controla con firmeza los resortes del mando y la Administración, los nobles son altísimos funcionarios que mandan los ejércitos reales, actúan como embajadores, presiden los Consejos o gobiernan virreinos, mientras que los «segundones», caballeros e hidalgos, viven de sus más o menos productivas rentas, de sus cargos en la Corte o en la Administración, o de sus destinos militares nutriendo las filas de los Tercios, y la que podríamos denominar clase media la constituyen los comerciantes, los escribanos, los funcionarios, los juristas, etc, cuya meta social es adquirir un título de hidalguía. Por último estaba el pueblo llano, los trabajadores de la tierra y los artesanos principalmente. De esta clase salían los soldados, los aventureros o los pícaros tan presentes en la literatura de nuestro Siglo de Oro y que junto a los hidalgos constituyen la parte más característica de la sociedad de la época. Datos todos estos importantes para conocer y entender mejor la trayectoria vital y militar de Cervantes.

Época en la que el antiguo mesnadero medieval se ha convertido en soldado, la guerra se ha tecnificado con el desarrollo y uso profuso de la artillería y de las armas de fuego y la caballería, como arma fundamental en el combate, es sustituida por la Infantería. El empleo masivo de la Infantería sirvió no solo para transformar el arte de la guerra, sino que actuó como elemento determinante para cambiar conceptos sociales. Emerge la conciencia de que los grandes cuadros de Infantería formados por plebeyos armados son más eficaces que los agrupamientos de caballeros y esto va a afectar a la estructura social del Estado. La disciplina colectiva del cuadro triunfa sobre la bravura individual del caballero, como muy bien reflejará Cervantes en el *Quijote*.

La necesidad de utilización masiva de individuos de procedencia popular, conduce a una democratización de las mentalidades que se refleja

en la Administración del Reino, donde junto a representantes de la antigua nobleza, pasan a ocupar puestos decisivos personas que no ostentan otros títulos que los de su propio valer.

La firma de la Paz de Cateau-Cambrésis en 1559, permite a España iniciar la recuperación de la crisis económica en la que estaba sumida y reemprender las operaciones contra el turco en el Mediterráneo. Tras la derrota en los Gelves en 1560, la victoria en el socorro de Malta cinco años después supuso para España el control del Mediterráneo occidental. La puerta hacia el Mediterráneo oriental estaba abierta, pero Felipe II decide sofocar militarmente la insurrección de los Países Bajos que estalla en 1567 y envía al duque de Alba con cuatro Tercios de Infantería –Nápoles, Sicilia, Lombardía y Cerdeña–, que se trasladan desde Milán hasta Bruselas por el llamado «Camino Español», decisión que hace bascular el centro de gravedad del despliegue del Ejército de la Monarquía Hispánica desde el Mediterráneo al mar del Norte.

La victoria de Gemmingen sobre Luis de Nassau (21 de julio de 1568) impuso una relativa tranquilidad en Flandes, pero en la Península estalla la rebelión de los moriscos granadinos que va a requerir toda la atención de Felipe II, entre otras razones por el peligro que suponía el posible apoyo a los rebeldes por parte de los turcos. Don Juan de Austria, comandante en jefe del Ejército y conductor de las operaciones, el duque de Sessa y Antonio de Luna sofocan la rebelión al mando de sus respectivos cuerpos de Ejército, entre los que estaban el Tercio de Miguel de Moncada, y el de Granada o de la costa de Granada, al mando del maestro de campo Lope de Figueroa, creado para la campaña en 1569, tan importantes en la trayectoria militar del joven Miguel de Cervantes al que habíamos dejado en 1566 viviendo y estudiando en Madrid.

Pero sorprendentemente, a finales de 1569 está en Roma, según hace constar su padre en un documento de información de limpieza de sangre fechado el 22 de diciembre, sin que se sepan a ciencia cierta las causas que motivaron esta mudanza que le lleva a pasar al servicio del cardenal Acquaviva, según testimonio del propio Miguel en el comienzo de su novela *La Galatea*: «... al cardenal Acquaviva, siendo yo su camarero en Roma...». Numerosas son las conjeturas y la que más seguidores ha tenido es la que achaca la causa a un duelo con el maestro de obras o pintor Antonio de Sigura, al que produjo algunas heridas, por el que fue condenado, provocando su viaje para huir de la justicia. Aunque esta hipótesis esta hoy muy contestada (Bailón, 2001, 39) la realidad es que ni esta ni ninguna otra de las hipótesis es posible demostrarlas de forma fehaciente.

Se desconoce el momento en el que Cervantes se alista en el Ejército y cuáles fueron las motivaciones que le impulsaron a hacerlo. En la *Información hecha en Madrid a solicitud de Rodrigo de Cervantes, padre de Miguel de Cervantes Saavedra, para probar ser su hijo noble y estar cautivo en Argel, y que por ser pobre, dicho padre no lo podía rescatar* (Madrid, marzo 17 de 1578), don Rodrigo afirma que: «... Miguel de Cervantes, mi hijo, ha servido a Su Majestad de diez años a esta parte...», dando a entender que se alistó en 1568, y el propio Miguel en su «Epístola a Mateo Vázquez», escrita en 1577 o 1578 (Gonzalo 2010, 89), dice: «Diez años ha que tiendo y mudo el passo en servicio del gran Philippo...» (Cervantes, 1952, 58; Gonzalo 2008, 203), lo que no se ajusta a la Información que se conoce sobre la vida de Miguel en dicho año y siguientes, por lo que más parecen «redondeos» de tiempo para dar más fuerza a las peticiones. A partir de la declaración del alférez Mateo de Santisteban (Información hecha en Madrid, 1578),

«Era soldado de la compañía del capitán Diego de Urbino en la gale-
ra Marqueza de Joan Andrea, en el cuerno de tierra; y que un año antes,
había, que el dicho Miguel de Cervantes servía en la dicha compañía»,

tradicionalmente se viene diciendo que se alistó en Nápoles a mediados de 1570, posiblemente entre julio y octubre, en la compañía del capitán Diego de Urbina, del Tercio del maestro de campo Miguel de Moncada, pero se da la circunstancia de que el citado capitán y su compañía estaban en esas fechas combatiendo contra los moriscos en las Alpujarras (Mármol, 1797, 421), o formándose la compañía en tierras de Valencia², –en cualquier caso estaban en España– y no llegan a Italia hasta un año después. Si se da por buena la fecha de alistamiento en Italia de mediados de 1570, es evidente que tuvo que ser en otra compañía, que bien pudiera ser alguna que estuviera en Italia del mismo Tercio de Moncada, o quizás una compañía de guarnición del Tercio de Nápoles que tenía diez compañías combatiendo en las Alpujarras al mando de Pedro de Padilla (Mármol, 1797, 421; Albi, 1999, 314), o incluso en alguna del Tercio de Sicilia, pero lo menos probable es que lo hiciera, como comúnmente se afirma, en el Tercio de Álvaro de Sande, pues en esas fechas don Álvaro sería ya mayor y es probable que fuera maestro de campo general de los ejércitos de Italia y no mandara directamente Tercio alguno, tan solo una pequeña fuerza de 100 caballos y 300 soldados (Zuleta, 2009), en la que

² Información proporcionada al autor del artículo por el investigador de los Tercios don Juan Luis Sánchez, basada en documentación por él consultada en el Archivo General de Simancas, en conversación mantenida en el Instituto de Historia y Cultura Militar el día 6 de mayo de 2016.

también pudiera ser que se enrolara Cervantes por la amistad de su padre con Sande, pero eso nos llevaría a que se alistó en Milán, pues es muy posible que tanto Sande como la fuerza a sus órdenes estuvieran en dicha ciudad como apunta el hecho de que en septiembre de 1571 sea nombrado gobernador de la Plaza, donde morirá dos años después.

Carme Riera sostiene la posibilidad de que Cervantes regresara a España a finales de 1570 o principios de 71, y fuera entonces cuando se alistara en la compañía de Urbina, en la que ya estaba su hermano Rodrigo, para después pasar a Barcelona donde se reorganiza el Tercio de Miguel de Moncada tras la campaña de las Alpujarras y zarpar hacia Italia a las órdenes de don Juan de Austria el 11 de julio de 1571 (Riera, 2005, 37-38).

Las motivaciones que lo impulsaron a alistarse tampoco las conocemos. Pudieran ser el ejemplo de su hermano Rodrigo; o el del padre y el hermano del cardenal Acquaviva, destinados en el Tercio de Sicilia (Baldassarre 1738; Diccionario 1960; Belloso 2015, 119-131-144-307 y 579); o las mismas que animaron al capitán cautivo:

«Más vale migaja de Rey que merced de señor (...) que ya que la guerra no dé muchas riquezas, suele dar mucho valor y mucha fama (...). Súpose cierto que venía por general desta liga el serenísimo don Juan de Austria, hermano natural de nuestro buen rey don Felipe. Divulgóse el grandísimo aparato de guerra que se hacía; todo lo cual me incitó y conmovió el ánimo y el deseo de verme en la jornada que se esperaba». (*Quijote I, XXXIX*).

O las que indujeron al mancebito que cantaba cuando caminaba para alistarse en Cartagena:

«A la guerra me lleva mi necesidad: si tuviera dineros, no fuera, en verdad»,

aunque luego afirma, redundando en lo dicho por el capitán cautivo, que:

«Más quiero tener por amo y por señor al Rey, y servirle en la guerra, que no a un pelón en la Corte».

Recalcando don Quijote que:

«No hay otra cosa en la tierra más honrada ni de más provecho que servir a Dios, primeramente, y luego, a su Rey y señor natural,

especialmente en el ejercicio de las armas, por las cuales se alcanzan, si no más riquezas, a lo menos, más honra que por las letras...». (*Quijote II, XXIV*).

Las motivaciones de los jóvenes para alistarse en los Tercios eran casi tantas como el número de soldados. Además de las ya vistas, otra sería escapar de la opresión familiar o de la servidumbre y aspirar a una vida mejor, como lo expresa Cervantes en la alegoría de *El coloquio de los perros*, una de las *Novelas ejemplares*, concretamente en el episodio en el que el perro Berganza huye de uno de sus amos:

«... Por un agujero de la muralla salí al campo (...) quiso mi buena suerte que hallé allí una compañía de soldados que, según oí decir, se iban a embarcar a Cartagena (...) y así determiné (...) seguir aquella jornada, aunque me llevase a Italia o a Flandes». (Cervantes, 1952, 1012).

O las ganas de conocer mundo y mejorar la formación, como le ocurrió a Tomás Rodaja, *El Licenciado Vidriera*, engatusado con las bellezas de Italia por el capitán Diego de Valdivia:

«Poco fue menester para que Tomás aceptase el envite, haciendo consigo en un instante un breve discurso de que sería bueno ver a Italia y a Flandes y otras diversas tierras y países, pues las luengas peregrinaciones hacen a los hombres discretos, y que en esto, a lo más largo, podía gastar tres o cuatro años, que, añadidos a los pocos que él tenía, no serían tantos que impidiesen volver a sus estudios». (Cervantes, 1952, 877).

O probar suerte y medrar socialmente, como el mozo de *Las dos doncellas*:

«... Que su designio era pasar a Italia a probar ventura en el ejercicio de las armas, como otros muchos españoles acostumbraban (...) y seguir el camino de la guerra, por quien vienen, según he visto, a hacerse ilustres aun los de oscuro linaje». (Cervantes, 1952, 956).

A estas que hemos visto —el ejemplo familiar, servir a Dios y al Rey, es decir, el espíritu de cruzada, aspirar a una vida mejor mediante una cierta estabilidad laboral y económica, progresar socialmente, afán de gloria, autoestima o deseo de aventuras—, todas ellas legítimas y no muy distintas de las que puedan animar actualmente a un joven, podríamos añadir otra me-

nos elevada: escapar de la justicia ordinaria. Por cualquiera de ellas, o por todas ellas, pudo alistarse el joven Miguel en una compañía de la Infantería española.

¿Tenía Cervantes vocación militar? Vocación, según el diccionario de la RAE, es la inclinación o interés que una persona siente en su interior para dedicarse a una determinada forma de vida o un determinado trabajo. La vocación militar es lo que una persona siente para abrazar la profesión militar como forma de vida, lo que exige la posesión de unos valores –patriotismo, valor, lealtad, disciplina, subordinación, espíritu de sacrificio, abnegación, compañerismo...– que implican idealismo y aceptación de una vida de austeridad. La profesión militar es por tanto la respuesta a una vocación de servicio, un compromiso que engendra exigencias éticas y morales evidentes.

Si conferimos máxima autoridad al *Quijote* en cuanto a la expresión del pensamiento de Cervantes se refiere,

«Dos caminos hay por donde pueden ir los hombres a llegar a ser ricos y honrados: el uno es el de las letras; otro, el de las armas. Yo tengo más armas que letras, y nací, según me inclino a las armas, debajo de la influencia del planeta Marte». (*Quijote II, VI*),

hemos de concluir que a partir de una predisposición anímica, de una llamada interior, se alistó para servir a Dios, en defensa de la fe católica, y al Rey en la cruzada contra el turco y que si no tenía una clara vocación en el momento de alistarse, la adquirió plenamente en el ejercicio de la profesión, entrando en posesión de los valores que la definen como pone de manifiesto en el relato del «Capitán cautivo», en el «Discurso de las armas y las letras» y en «La aventura del rebusno» principalmente, lo cual no obsta para que en la novela *El curioso impertinente* (*Quijote I, XXXIII*), Cervantes nos deje este hermoso párrafo:

«Las cosas dificultosas se intentan por Dios, o por el mundo, o por entrambos a dos (...), las que se intentan por Dios y por el mundo juntamente son aquellas de los valerosos soldados, que apenas ven en el contrario muro abierto tanto espacio cuanto es el que pudo hacer una redonda bala de artillería, cuando, puesto aparte todo temor, sin hacer discurso ni advertir el manifiesto peligro que les amenaza, llevados en vuelo de las alas de volver por su fe, por su nación y por su Rey, se arrojan intrépidamente por la mitad de mil contrapuestas muertes que los esperan».

Sea como fuere, si se asume el alistamiento en verano de 1570, cuando Miguel de Cervantes pasa destinado a la compañía de Diego de Urbina, lleva un año como soldado, vestido de «papagayo» como Tomás Rodaja (Cervantes, *El Licenciado Vidriera*, 1952, 877), en alusión a los vistosos y coloridos ropajes con los que se vestían los soldados de los Tercios en una época en la que no existía el uniforme tal y como ahora lo concebimos, y llega a la batalla de Lepanto (7 de octubre de 1571) con algo más de un año de antigüedad, es decir, ya había adquirido de la mano del sargento, de su cabo y, sobre todo, de sus compañeros veteranos o de sus *camaradas*, un cierto grado de instrucción. Unos dos siglos después, en 1768, las Reales Ordenanzas de Carlos III plasmarán esto en el artículo 1º: «El recluta que llegare a una compañía se le destinará a una escuadra, de cuyo cabo será enseñado a vestirse con propiedad y cuidar sus armas; enterándosele de la subordinación que, desde el punto que se alista en el servicio, debe observar exactamente», lo que no difiere sustancialmente de lo preconizado en 1594 por Sancho de Londoño en su *Discurso sobre la forma de reducir la disciplina militar a mejor y antiguo estado*.

Poco, o nada, se sabe de la peripecia personal y profesional de Cervantes durante el tiempo que estuvo en filas previo a la batalla. Ni siquiera se sabe en calidad de qué ingresó, aunque todo parece indicar por su trayectoria posterior que lo hizo como arcabucero. Los *bisoños* (novatos) que ingresaban en una compañía eran recibidos por el capitán, que les señalaba las armas con las que habían de servir, y si disponían de suficientes medios económicos que les permitieran la adquisición de un arma de fuego y su munición, además de mostrar capacidad para manejarla, pasaban a engrosar las filas de los arcabuceros o de los mosqueteros.

Llama la atención que Cervantes en sus obras nunca dice que sirviera en uno u otro Tercio y muy raramente hace mención a los Tercios ni a los maestros de campo y sin embargo son frecuentes sus alusiones a las compañías y a los capitanes. Esto es así en parte por la peculiar orgánica de los Tercios, en los que las compañías eran las unidades de combate propiamente dichas, y por otro el sistema de reclutamiento según el cual el Rey reclutaba capitanes y estos reclutaban hombres, que Cervantes describe de forma sucinta en *El Licenciado Vidriera* (Cervantes 1952, 876): «... y dijo que era capitán de Infantería por Su Majestad, y que su alférez estaba haciendo la compañía en tierra de Salamanca». Este esquema favorecía la vinculación del soldado con su jefe inmediato y a ambos les unía la fuerza del contrato establecido y la convicción de

pertenecer a una misma clase, de formar parte de una élite privilegiada. El capitán es el ejemplo del soldado, tal es el capitán, tal es la compañía. Cervantes define de forma magistral la figura del capitán:

«Valeroso con todas las partes que para ser tal se requieren, mostrándose prudente previniendo las astucias de sus enemigos, y elocuente orador persuadiendo o disuadiendo a sus soldados, maduro en el consejo, presto en lo determinado, tan valiente en el esperar como en el acometer». (*Quijote I, XLVII*).

Sin duda Cervantes tuvo muy buenos capitanes, empleo al que dedicó palabras corteses:

«Un famoso capitán de Guadalajara, llamado Diego de Urbina (...) capitán de Infantería, honroso cargo» (*Quijote I, XXXIX*); «[el capitán dio muestras] de su bizarría y cortesano trato» (Cervantes, *El Licenciado...*, 1952, 877); «El capitán era mozo, pero muy buen caballero y gran cristiano» (Cervantes, *El coloquio...*, 1952, 1012); «Era [el capitán] alto de cuerpo, gentil hombre y bien proporcionado (...) parecía en extremo bien a cuantos le miraban (...) con el paso brioso que llevaba, algunos hubo que le compararon a Marte, dios de las batallas» (Cervantes, *La española inglesa*, 1952, 861).

Lo que no es impedimento para que también denuncie la conducta reprochable de algunos, como la de Diego de Valdivia que oculta a Rodaja la dureza real de la profesión militar o trata de enrolarlo para que cobre pero sin estar, o la *incomodidad* [enojo, mal humor] *de algunos capitanes*, o la bravuconería de otros.

En 1570 parecían solucionados los problemas –sendos levantamientos en los Países Bajos y en las Alpujarras– que habían entorpecido los planes de Felipe II en el Mediterráneo y era posible reanudar la política de cruzada contra el turco, que venía mostrando una actitud ofensiva. La conquista de Chipre, último bastión de Venecia y de la cristiandad en el Mediterráneo oriental, y la toma de su capital Nicosia el 9 de septiembre de 1570³, hizo comprender la necesidad de contener por todos los medios el avance turco y de acelerar la constitución de la Santa Liga. El papa Pío V había dado la

³ Cervantes sitúa en este episodio la acción de su novela *El amante liberal*, cuyas descripciones de la vida en el mar han dado lugar a que algunos autores aventuren la posibilidad de que estuvo en la flota que se envió al socorro de Nicosia, que no alcanzó su objetivo pues se volvió al saber que la ciudad había caído.

voz general de cruzada y a finales de la primavera de 1570 se empieza a constituir la alianza, tal y como lo relata Cervantes en el cuento del «Capitán cautivo»:

«... Se tuvo nuevas de la Liga que la santidad del papa Pío V, de felice recordación, había hecho con Venecia y con España, contra el enemigo común, que es el turco. El cual en aquel mismo tiempo había ganado con su armada la famosa isla de Chipre, que estaba bajo el dominio de venecianos...». (*Quijote I, XXXIX*).

En la primavera de 1571 se formaliza la Santa Liga. La negativa de Francia y el abandonismo del imperio, dejan a España como gran potencia directora y se nombra a don Juan de Austria comandante en jefe de las fuerzas coligadas, que parte de Barcelona con la flota española el 18 de julio y llega a Génova el 26, ciudad de la que parte el 6 de agosto para llegar a Mesina, tras entrar en Nápoles el 9, el día 24. Cervantes, en el ya citado relato del «Capitán cautivo», lo describe así:

«... El señor don Juan de Austria acababa de llegar a Génova, que pasaba a Nápoles a juntarse con la armada de Venecia, como después lo hizo en Mesina».

Una vez reunida en Mesina, el 12 de septiembre zarpa la gran flota multinacional al mando de don Juan de Austria, que al enterarse de que la flota turca estaba refugiada en el golfo de Lepanto decide poner rumbo a Corfú, la mayor de las isla jónicas muy próxima a las costas de las actuales Albania y Grecia. A bordo de la galera *Marquesa*, al mando del capitán Francisco de San Pedro, viajan los hermanos, soldados de Infantería española, Miguel y Rodrigo Cervantes, pertenecientes ambos a la compañía del capitán Diego de Urbina del Tercio de Miguel de Moncada. Además de este Tercio, embarcaron el Tercio de Granada al mando de Lope de Figueroa, el de Nápoles al de Pedro de Padilla y el de Sicilia al de Diego Enríquez. A excepción de este último, los otros tres provenían de la guerra de las Alpujarras, o al menos buena parte de sus compañías, entre ellas quizás la de Diego de Urbina⁴, compañía por tanto de veteranos en la que ha ingresado el todavía inexperto en acciones de combate Miguel de Cervantes. De las Alpujarras venían también don Juan de Austria y su hombre de confianza, el comendador mayor de Castilla, el catalán don Luis de Requesens, a cuyo asesoramiento se deben las acertadas decisiones de don Juan, entre ellas el

⁴ Ver nota 2.

repartir la Infantería española entre los barcos venecianos y el dar protagonismo a los arcabuceros, entre los que estaba Miguel.

Los Tercios eran unidades muy flexibles, característica que le permitió enseñorearse del escenario militar europeo durante más de un siglo, y esta flexibilidad tanto en la orgánica como en los procedimientos, les permitía actuar tanto en tierra firme como embarcados. Del mismo modo que las legiones romanas, de las que toman ejemplo, los Tercios no eran unidades especializadas en uno u otro procedimiento, lo cual no es óbice para que en su estructura orgánica hubiera unidades con cierta especialización, como los arcabuceros por ejemplo, que podían constituirse en compañía o bien articularse en equipos que se integraban en otro tipo de compañías. Lógicamente, las compañías que venían de Granada estaban avezadas en el combate terrestre y es de suponer que recibirían algún tipo de instrucción y adiestramiento, aprovechando las travesías en barco, para capacitarlas en el combate naval, capacitación que también recibirían las que guarnecían las Dos Sicilias habida cuenta del *grandísimo aparato de guerra que se hacía*.

El día 30 de septiembre abandona la flota Corfú y lentamente se va aproximando a Lepanto. El 7 de octubre, en el ala izquierda de la formación de combate, mandada por Agustín Barbárigo, se encuentra la *Marquesa* y en ella el soldado arcabucero Miguel de Cervantes de la compañía del capitán Diego de Urbina, «enfermo y con calentura». El capitán y otros compañeros le dicen que «pues estaba enfermo y con calentura, que se estuviese quedo, abajo en la cámara de la galera», a lo que Miguel responde «que qué dirían de él, y que no hacía lo que debía, y que más quería morir peleando por Dios y por su Rey, que no meterse so cubierta y que el capitán le pusiese en la parte y lugar que fuese más peligrosa». El capitán lo destinó al esquife con otros doce soldados. (Información hecha en Madrid, 1578).

En este episodio se ponen de manifiesto valores éticos y morales propios de un soldado que ha abrazado la profesión de las armas como respuesta a una vocación, que la ejerce con dedicación y espíritu de sacrificio. Y estos valores son el compañerismo –la cohesión del grupo– reflejada en esa preocupación por el qué dirán de él; el honor o hacer lo que el deber le demanda; afrontar la muerte por ideales superiores y el deseo de ser empleado en las ocasiones de mayor riesgo y fatiga.

Lepanto fue una batalla terrestre en el mar y de hecho se formaba un campo de batalla sobre las cubiertas de las galeras, en el que la acción de las Infanterías enfrentadas decidía el resultado. Cuando una compañía de Infantería embarcaba, el capitán de la galera, en este caso Francisco de San Pedro, acordaba con el capitán de la compañía, Diego de Urbina, los destinos de la fuerza. Los arcabuceros se distribuían en cuatro grupos

–arrumbada sobre la corulla, esquife, fogón y ballestas de las bandas– que jugaban un papel mucho más decisivo que el de la artillería, pues con su fuego «barrían» la cubierta contraria sin dañar el casco de la presa.

Cuando la galera embestía a la enemiga, iniciaban el fuego los arcabuceros y una vez «aferradas» las galeras llegaba el momento del combate de la Infantería embarcada, que salta a la cubierta enemiga por el estrecho tablón del espolón mientras los arcabuceros continúan haciendo fuego desde sus posiciones, entre ellas el esquife, y otros soldados lanzan una especie de granadas de mano incendiarias a base de pólvora y alquitrán, todos ellos expuestos a las flechas y al fuego de los arcabuces enemigos.

Para la defensa de la galera propia frente al asalto de la Infantería enemiga, se establecían unas líneas defensivas, la segunda de las cuales, tras las empavesadas sobre las arrumbadas y la artillería, estaba constituida por el fogón y el esquife a la altura del árbol maestro que, al mismo tiempo, constituía una magnífica, aunque expuesta, plataforma para batir con arcabucería la galera contraria. Al esquife fue destinado Cervantes y allí fue herido tres veces.

Años después, cuando escriba el *Quijote*, así describirá el combate en el famoso «Discurso de las armas y las letras»:

«Embestirse dos galeras por las proas en mitad del mar espacioso, las cuales enclavijadas y trabadas, no le queda al soldado más espacio del que conceden dos pies de tabla del espolón; y, con todo esto, viendo que tiene delante de sí tantos ministros de la muerte que le amenazan cuantos cañones de artillería se asestan de la parte contraria, que no distan de su cuerpo una lanza, y viendo que al primer descuido de los pies iría a visitar los profundos senos de Neptuno, y, con todo esto, con intrépido corazón, llevado de la honra que le incita, se pone a ser blanco de tanta arcabucería, y procura pasar por tan estrecho paso al bajel contrario. Y lo que más es de admirar: que apenas uno ha caído donde no se podrá levantar hasta la fin del mundo, cuando otro ocupa su mismo lugar, y si este también cae en el mar, que como a enemigo le guarda, otro y otro le sucede sin dar tiempo al tiempo de sus muertes: valentía y atrevimiento el mayor que se puede dar en todos los trances de la guerra». (*Quijote I, XXXVIII*).

Reitera el pensamiento expresado en la novela *El curioso impertinente* sobre el valor como virtud inherente a la milicia y establece la importancia de la cohesión y la disciplina como base de la más alta virtud, el heroísmo, que hace que los hombres de armas sean capaces de relevarse los

unos a los otros hasta el límite de sus fuerzas en el transcurso del combate, convirtiéndose al fin en un solo hombre incansable que lucha hasta morir si es necesario.

Entre las virtudes que caracterizan al soldado destaca Cervantes el valor, porque «el soldado más bien parece muerto en la batalla que libre en la fuga», sentencia que por dos veces aparece en el *Quijote* (II, prólogo y XXIV) y una en *Los trabajos de Persiles y Sigismunda* (IV, I). El valor se lleva dentro de sí mismo «porque no se coronan en la gloria si no es los capitanes valerosos, que llevan en sí mismos la victoria» (Cervantes, *Elegía al cardenal Espinosa*, 1952, 44) y no se debe buscar en la protección de las armaduras o las fortificaciones porque se debe ir «más que de hierro de valor armado» (Cervantes, *Canción primera a la Armada Invencible*, 1952, 61) y «el cobarde está desnudo aunque se vista de acero» (Cervantes, *El gallardo español*, 1952, 190) si bien es verdad que la cohesión, el compañerismo, los camaradas, aquello por lo que el soldado arrostra los mayores sacrificios incluida la muerte pueden infundir valor y «puede ser valiente detrás de un muro un corazón medroso cuando a sus lados que le animan siente» (Cervantes, *ibidem*, 186). Ahora bien, la valentía debe estar regida por la prudencia ya que «la que no se funda sobre la base de la prudencia se llama temeridad y la valentía que entra en la jurisdicción de la temeridad, más tiene de locura que de fortaleza» (*Quijote* II, XVII y XVIII). Así define Cervantes el valor, la valentía:

«Es una virtud que está puesta entre dos extremos viciosos, como son la cobardía y la temeridad; pero menos mal será que el que es valiente toque y suba al punto de temerario, que no que baje y toque en el punto de cobarde». (*Quijote* II, XVII).

Cervantes, buen soldado, no confunde huida con retirada «que el retirar no es huir, ni el esperar es cordura, cuando el peligro sobrepuja a la esperanza» (*Quijote* I, XXIII) porque «tiempos hay de acometer y tiempos de retirarse, y no ha de ser todo ¡Santiago, y cierra España!» (*Quijote* II, IV).

«Y tanto alcanza de fama el buen soldado cuanto tiene de obediencia a sus capitanes y a los que mandar le pueden» (*Quijote* II, XXIV). Esta frase es quizás la única referencia directa en la novela a la obediencia militar como manifestación individual de la disciplina, virtud fundamental del militar que garantiza la rectitud de conducta y asegura el cumplimiento riguroso del deber. Para Cervantes el buen soldado alcanza la fama en la disciplina, no en la aventura caballeresca. Pero hay un pasaje en el «Discurso de las armas y las letras» (*Quijote* I, XXXVII y XXXVIII) en el que ejemplifica de forma dramática las virtudes básicas del soldado:

«Más llegar uno por sus términos a ser buen soldado le cuesta (...) porque a cada paso está a pique de perder la vida. Y ¿qué temor de necesidad y pobreza puede llegar (...) al que tiene un soldado que, hallándose cercado en alguna fuerza, y estando de posta, o guarda en algún revellín o caballero, siente que los enemigos están minando hacia la parte donde él está, y no puede apartarse de allí por ningún caso, ni huir el peligro que de tan cerca le amenaza? Solo lo que puede hacer es dar noticia a su capitán de lo que pasa, para que lo remedie con alguna contramina, y él estarse quedo, temiendo y esperando cuándo improvisadamente ha de subir a las nubes sin alas, y bajar al profundo sin su voluntad».

Dramático párrafo en el que queda patente la renuncia que el soldado hace de su libre albedrío y de su vida en beneficio de las de sus compañeros y de la seguridad del lugar que guarda: valor, generosidad y disciplina racional subordinada a valores superiores que garantiza la rectitud de conducta, asegura el cumplimiento del deber y conduce al heroísmo.

De todos es conocido que Cervantes se sentía orgulloso de su condición de militar, de su participación en la batalla de Lepanto y de las heridas en ella recibidas y lo pone de manifiesto en la «Epístola a Mateo Vázquez»:

«De temor y de esfuerzo acompañada,
presente estuvo mi persona al hecho [la batalla]
más de esperanza que de hierro armada.

=====

A esta dulce sazón [la victoria], yo, triste estaba
con la una mano de la espada asida,
y sangre de la otra derramaba;
el pecho mío de profunda herida
sentía llagado, y la siniestra mano
estaba por mil partes ya rompida.
Pero el contento fue tan soberano,
que a mi alma llegó, viendo vencido,
el crudo pueblo infiel por el cristiano».

En su respuesta a Avellaneda en el prólogo de la segunda parte del *Quijote*, cuando dice que su «manquedad» no tiene su origen en una pelea tabernaria sino que ocurrió durante su participación en la batalla de Lepanto,

«la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros», añade a continuación que:

«Si ahora me propusieran y facilitaran un imposible, quisiera antes haberme hallado en aquella facción prodigiosa, que sano ahora de mis heridas sin haberme hallado en ella. Las que el soldado muestra en el rostro y en los pechos, estrellas son que guían a los demás al cielo de la honra y al de desear la justa alabanza».

En otro prólogo, en el de las *Novelas ejemplares*, ya había adelantado ese sentimiento de orgullo:

«Perdió en la batalla naval de Lepanto la mano izquierda de un arcabuzazo; herida que, aunque parece fea, él la tiene por hermosa, por haberla cobrado en la más memorable y alta ocasión que vieron los pasados siglos, ni esperan ver los venideros».

Y en *El viaje al Parnaso*, otra vez en tercetas:

«Arrojóse mi vista a la campaña
 rasa del mar, que trajo a mi memoria
 del heroico don Juan la heroica hazaña.
 Donde con alta de soldado gloria,
 y con propio valor y airado pecho
 tuve, aunque humilde, parte en la victoria.

=====

Que, en fin, has respondido a ser soldado
 antiguo y valeroso, cual lo demuestra
 la mano de que estás estropeado.
 Bien sé que en la naval dura palestra
 perdiste el movimiento de la mano
 izquierda, para gloria de la diestra».

Cervantes califica la batalla de Lepanto como la más alta ocasión de todos los tiempos, incluidos los venideros, porque en ella «se desengañó el mundo y todas las naciones del error en que estaban, creyendo que los turcos eran invencibles por el mar» (*Quijote I, XXXIX*). Quizás creyera que tras aquel combate que detuvo el avance turco por el Mediterráneo, las naciones

cristianas europeas no volverían a estar en mayor riesgo que entonces, pero lo que no podía imaginar es que cuatro siglos después Europa sigue estando amenazada en sus raíces cristianas y en las libertades que de ellas dimanaban por una fuerza proveniente de Oriente, pero que, a diferencia de entonces, es mucho más difusa en su localización y en buena parte vive y se desarrolla en el propio corazón de Europa. La piratería, el secuestro, la extorsión y el asesinato de entonces se enmarcan ahora en el concepto más amplio, pero también brutal, de terrorismo, poniendo en peligro el sistema de valores e intereses que configuran nuestra sociedad. Los actores han cambiado pero ¿sería posible hoy una *alta ocasión* como Lepanto? Cervantes no parece muy convencido a la vista de la falta de unión y determinación que en aquel momento mostraron las potencias europeas.

Cervantes ha resultado herido en la batalla y cabe suponer que recibiría los primeros auxilios por parte de sus compañeros y por el cirujano y el barbero de la compañía, o puede que por los de la galera, que gozaban de gran prestigio a tenor de lo que manifiesta Cervantes en *Las dos doncellas* (Cervantes 1952, 962), que pone en boca de un cirujano famoso en la ciudad (Barcelona), por cierto, el oficio de su padre en Alcalá de Henares:

«Que siempre los cirujanos de los ejércitos y armadas eran muy experimentados, por los muchos heridos que a cada paso tenían entre las manos».

Continúa Cervantes el relato:

«Llegó en aquel instante el cirujano de las galeras y dio cuenta al de la ciudad de la herida y de cómo la había curado y del peligro que de la vida, a su parecer, tenía el herido; con lo cual se acabó de enterar el de la ciudad de que estaba bien curado».

¿Estaría Cervantes recordando cuando esto escribe su propia experiencia, al desembarcar e ingresar en el hospital general de Mesina? Pues es posible. Curiosamente no hay en su obra literaria alusiones a su estancia en el centro sanitario ni se dispone de testimonios de otras personas en ese sentido. Sabemos que estuvo en cura hospitalaria unos seis meses, durante los cuales le son concedidas varias gratificaciones por su condición de herido y por los servicios prestados, que oscilan entre los 20 ducados y los 22 escudos.

No se sabe a ciencia cierta si Cervantes permaneció en Mesina todo el tiempo que duró su curación o se trasladó con la compañía de Diego de Urbina a una localidad que el soldado Juan Bautista Villanueva denomina

«Rijols» en Calabria, que con casi total seguridad se trata de la actual Reggio, que durante su pertenencia a la Corona de Aragón se la conocía como «Regol»s y como «Rijoles» en el castellano de los siglos XVI y XVII. Lo que sí está documentado es que el 24 de abril de 1572 se ordena que se paguen entre otros soldados a Miguel de Cervantes «tres escudos de ventaja al mes en el Tercio de don Lope de Figueroa en la compañía que le señalaren», que no es otra que la del capitán Manuel Ponce de León, según consta en las anotaciones de los libramientos que se le hicieron.

Cervantes es ya un *soldado aventajado*, es decir, un soldado que por sus méritos o función percibe un sobresueldo, equiparable al soldado de primera del servicio militar obligatorio que podía hacer funciones de cabo y percibía una pequeña asignación dineraria que se llamaba «ventaja», que se reincorpora al servicio, sin al parecer estar totalmente curado, para participar en la operaciones que se desarrollan en el Mediterráneo:

«Y en mi propia cabeza el escarmiento
no me pudo estorbar que el segundo año [1572]
no me pusiese a discreción del viento;
Y al Reino tan antiguo y celebrado [Túnez]
a do la hermosa Dido fue rendida
al querer del troyano desterrado⁵
También, vertiendo sangre aún la herida
mayor, con otras dos, quise ir y hallarme,
por ver ir la morisma de vencida».
(Cervantes, Epístola... 1952, 59).

Es posible que sufriera una atrofia de antebrazo y mano en garra o contracturada y también es posible que no perdiera totalmente el uso de la mano, pues el propio Cervantes se define a sí mismo en el prólogo de *Los trabajos de Persiles y Sigismunda* como «manco sano». En cualquier caso, vuelve a dar testimonio de «amor al servicio, honrada ambición y constante deseo de ser empleado en las ocasiones de mayor riesgo y fatiga, para dar a conocer su valor, talento y constancia» (RR.OO. 1768, 206).

Y se incorpora como hemos visto en una compañía del Tercio de Lope de Figueroa, Tercio que en la reorganización posterior al sitio de Navarino (Phylos) parece ser que absorbe los restos del Tercio de Moncada en el que

⁵ Dido: fundadora y primera Reina de Cartago, en la actual Túnez, que se enamora del troyano Eneas.

militaba Cervantes, momento en el que pasa a denominarse Tercio de la Sacra Liga o simplemente «de la Liga» (Sánchez, Torres).

El éxito de Lepanto no se explota y en Navarino y Modón (Modona, Motone o Metone) se desaprovecha la ocasión de acabar con la flota turca, de lo que deja constancia Cervantes en el relato del «cautivo»:

«Vi y noté la ocasión que allí se perdió de no coger en el puerto [de Navarino] a toda el armada turquesca (...) no por culpa ni descuido del general que a los nuestros regía, sino por los pecados de la cristiandad, y porque quiere y permite Dios que tengamos siempre verdugos que nos castiguen. En efecto, el Uchalí se recogió a Modón (...) y estúvose quedo hasta que el señor don Juan [de Austria] se volvió».

Sentimiento de frustración y velada crítica tanto a las decisiones del Monarca y su visión providencialista de la política como a la falta de unión entre las potencias cristianas.

Pero es que 1572 presencia de nuevo el alzamiento de los Países Bajos y la intervención, más o menos encubierta, de Francia e Inglaterra, propiciando que el centro de gravedad de la política, y con ella todo el peso de la potencia militar española, basculase del Mediterráneo al norte de Europa.

La flota española se repliega sobre Nápoles, ciudad en la que Cervantes percibe unos atrasos de su paga, para esperar la llegada de la primavera de 1573 y reanudar las operaciones. Entonces se produce el abandono de la Liga por parte de Venecia y aunque la papal permanece al lado de la española, a esta nueva situación se añade que la recuperación de la flota turca amenaza las costas italianas y no es prudente alejar de ellas la propia, y que no hay unanimidad entre los mandos sobre el objetivo: Argel o Túnez. Todas estas circunstancias ocasionan retrasos en la partida de la flota que zarpa el 1 de agosto con objetivo Túnez, pero no será hasta el 8 de octubre cuando se lleve a cabo el desembarco en La Goleta y posterior avance por tierra sobre la capital norteafricana. Participan en esta operación los Tercios de Sicilia, Nápoles y Lope de Figueroa, encuadrada en este último la compañía de Ponce de León de la que es *soldado aventajado* Miguel de Cervantes.

«Sintió mucho esta pérdida el Gran Turco [e] hizo paz con los venecianos, que mucho más que él lo deseaban». (*Quijote I, XXXIX*).

Completada la operación, la flota se repliega sobre Nápoles no sin antes dejar en La Goleta una guarnición de 7.000 hombres, entre ellos los pertenecientes a cuatro compañías del Tercio de Lope de Figueroa —una de

ellas la del capitán Ponce de León—, todos ellos al mando de Pedro Portocarrero, mientras que las catorce compañías restantes de ese mismo Tercio fueron a invernar a Cerdeña, según documentos fechados y firmados por Sancho de Zorroza, uno en Mesina el 31 julio de 1572 (antes de Navarino), en el que consta que el Tercio de Lope de Figueroa tenía 18 compañías, y el otro en Palermo el 10 de septiembre de 1574 (un mes después de la pérdida de Túnez), donde se hace constar que las citadas catorce compañías están en ese momento en servicio en la armada junto con las cuatro que se sacaron de La Goleta. (Fernández de Navarrete, 1819, 306-307). Por lo tanto, Cervantes pudo estar en la guarnición que quedó en La Goleta en el invierno de 1573-74, Plaza que abandonó antes de que se produjera el contraataque turco que la reconquistó en el verano de 1574, pero no tenemos constancia documental de ello, tan solo unos versos en la «Epístola a Mateo Vázquez» en los que aunque no da dato alguno que permita situarla en el tiempo y el espacio, por el desarrollo de la obra parece que se refieren a esa posibilidad:

«Dios sabe si quisiera allí quedarme
con los que allí quedaron esforzados,
y perderme con ellos o ganarme;
pero mis cortos e implacables hados
en tan honrosa empresa no quisieron
que acabase la vida y los cuidados».

Sin embargo, en un documento fechado y firmado por el propio Sancho de Zorroza en Palermo el 8 de noviembre de 1573 (un mes después de la conquista de La Goleta, quince meses desde el documento fechado en Mesina y once antes del fechado en Palermo, vistos *supra*), se afirma que el Tercio de Lope de Figueroa tiene en ese momento 40 compañías distribuidas entre Túnez, Puglia (Pulla) y Malta, más las que prestan su servicio en la armada, y detalla que en Malta hay dos de esas compañías, siendo la de Ponce de León —la de Cervantes— una de ellas.

Es decir, que en el espacio temporal de dos años el Tercio ha pasado de tener 18 compañías a tener 40 para volver de nuevo a las 18 iniciales, y que tras la conquista de La Goleta y Túnez en octubre de 73 la compañía de Ponce de León se traslada a Malta. Un mes después pasa a Sicilia integrada en el Tercio de este mismo nombre, donde todavía está en noviembre de 1574 de guarnición en Siracusa.

La Goleta había caído en poder de los turcos el 25 de agosto y lo propio había ocurrido con Túnez el 13 de septiembre:

«Al año siguiente de setenta y cuatro acometió [el turco] a La Goleta y al fuerte que junto a Túnez (...) perdióse, en fin, La Goleta, perdióse el fuerte (...) y no se perdió por culpa de sus defensores, los cuales hicieron en su defensa todo aquello que debían y podían. Perdióse también el fuerte (...) los soldados que lo defendían pelearon tan valerosa y fuertemente, que (...) ninguno cautivaron sano de trescientos que quedaron vivos, señal cierta y clara de su esfuerzo y valor; y de lo bien que se habían defendido y guardado sus Plazas. Cautivaron a don Pedro Puertocarretero, general de La Goleta, el cual hizo cuanto fue posible por defender su fuerza». (*Quijote I, XXXIX*).

«Primero que el valor faltó la vida / en los cansados brazos que, muriendo, / con ser vencidos, llevan la victoria. De entre esta tierra estéril, derribada, / destos torreones por el suelo echados, / las almas santas de tres mil soldados / subieron vivas a mejor morada / siendo primero, en vano, ejercitada la fuerza de sus brazos esforzados, / hasta que, al fin, de pocos y cansados, / dieron la vida al filo de la espada (...) mas no más justas de su duro seno [del suelo tunecino] / habrán al claro cielo almas subido, / ni aun él sostuvo cuerpos tan valientes». (*Quijote I, XL*).

Dramática, hermosa y encendida defensa del valor y sacrificio de los soldados, a los que hace santos y libera de la culpa de la derrota achacándola, de forma velada, a los gobernantes que «hablan de lejos y con poca experiencia de casos semejantes» y a un Gobierno que «deja perderse fuerza que no es socorrida». Pero es extremadamente duro cuando afirma que aquel generoso e inútil sacrificio fue para defender un foco de corrupción sin valor estratégico «oficina y capa de maldades (...) gomia o esponja y polilla de la infinidad de dineros que allí sin provecho se gastaban, sin servir de otra cosa que de conservar la memoria de haberla ganado Carlos V» (*Quijote, ibidem*). En octubre de 1574 el embajador de España en Roma, Juan de Zúñiga, escribía al virrey de Nápoles, Antonio Perrenot de Granvela: «No puedo dejar de lastimarme de que todo lo que se ha gastado este año no haya servido de cosa alguna», echando la culpa «a la manera que ordenan las cosas en el Consejo de España» (Kamen, 1997, 149) y el secretario real Mateo Vázquez informa al soberano en noviembre del mismo año de que la pérdida de La Goleta «se creía había sido ira de Dios para castigo de pecados y abominaciones que allí se hacían» (Parker, 1998, 183).

Ante lo peligroso de la situación, en noviembre llega a Sicilia el Tercio de Lope de Figueroa con 22 compañías (en septiembre tenía 18, ver *supra*, contando las cuatro que se sacaron de La Goleta, una de ellas la de Ponce de León) entre las que no se cuenta la de Ponce que ya estaba encuadrada en el Tercio Fijo de Sicilia, tal y como se desprende de la documentación de pagos a los soldados fechada y firmada por Esteban de Monreal en Palermo en los meses de febrero, junio y octubre de 1574 (Belloso, 2010, 255).

Complicado es seguir las vicisitudes orgánicas y de despliegue de las compañías, pero en cualquier caso todo indica que tras la pérdida de La Goleta y Túnez Miguel de Cervantes estuvo encuadrado en la compañía de Ponce de León del Tercio Fijo de Sicilia de guarnición en Mesina, lo que corroboran los documentos de pagos ordenados a su favor, al menos hasta finales de 1574: «Asiento de 25 escudos pagados a Cervantes a cuenta de su sueldo de soldado de Infantería, por libranza del duque de Sessa. Palermo 15 de noviembre de 1574» (Belloso, 2015, 142; Domínguez, 2015, 171).

A partir de ahora y hasta el 7 de septiembre de 1575, momento de su embarque en Nápoles en la galera *Sol* rumbo a España (Avalle, 1975; Gracia, 2016, 47), nada sabemos de forma fehaciente de la vida de Cervantes. Para unos (Astrana, 1948-1958, título II, cap. XXIV; Fernández Álvarez, 2005, 117; Fernández Nieto, 2014, 233), se trasladaría a dicha ciudad y tomaría contacto con el mundo literario; para otros (Domínguez, 2015, 173) permanecería en Sicilia al menos hasta el verano de 1575, momento en el que don Juan de Austria llega a la isla, pero la realidad es que se desconoce cuándo solicita la licencia para trasladarse a España vía Nápoles o si, pudiera ser, cambia de destino en una fecha indeterminada y pasa a servir en el Tercio de Nápoles hasta la fecha de embarque. Tampoco Cervantes ayuda mucho porque si bien en *El viaje al Parnaso* (Cervantes, 1952, 101) dice que pisó las calles de Nápoles «más de un año», no concreta dicho año. Ahora bien, si efectivamente no se alista en Nápoles sino que lo hace en España, no es descabellado pensar que ese año, 1574-75, pudiera haberlo pasado en dicha ciudad.

Lo que sí se sabe a ciencia cierta es que resulta capturado por los argelinos cuando viajaba rumbo a España en la galera *Sol* y es conducido a Argel, donde sufre cautiverio por espacio de cinco años. Noticias y algunos detalles de la captura se conocen por la *Información hecha en Madrid (1578)*, fundamentalmente por las declaraciones del alférez Gabriel de Castañeda, y las vicisitudes son relatadas por el propio Cervantes en la «Epístola a Mateo Vázquez», *La Galatea (libro V)*, *El trato de Argel*, *La española inglesa* y en *Los trabajos de Persiles y Sigismunda (libro III, cap. X)*. (Cervantes 1952; Avalle 1975; Lucía 2016, 206-211).

En el momento de su captura llevaba Cervantes dos cartas cuyos originales no han llegado hasta nosotros, una firmada por don Juan de Austria dirigida al Rey, de la que tenemos constancia por la declaración del alférez Castañeda, en la que este afirma que «le suplicaba le diese una compañía de las que se hiciesen en España para Italia, pues es hombre de méritos y servicios»⁶ y otra que llevaba la firma del duque de Sessa, que el 28 de julio de 1578 firma una segunda, suponemos que en términos similares a la perdida, dirigida al Rey y ministros en la que certifica que peleando como buen soldado perdió una mano en Lepanto, sirvió en las demás operaciones que hubo en Levante (Navarino, La Goleta, Túnez...) y que por hallarse «estropeado en servicio de Su Majestad pidió licencia al Sr. don Juan para venirse en España a pedir se le hiciese merced».

Entonces y ahora, el militar debe tener un deseo constante de promoción a los empleos superiores y tener siempre presente que el único medio para hacerse acreedor al concepto y estimación de sus jefes, es el cumplir exactamente con las obligaciones de su empleo y puesto que ocupa, acreditar mucho amor al servicio, honrada ambición y constante deseo de ser empleado en las ocasiones de mayor riesgo y fatiga, para dar a conocer su valor, talento y constancia. La falta de interés en merecer el ascenso es muestra de poco espíritu militar. En su trayectoria como soldado de Infantería española, Cervantes se ha hecho acreedor al concepto y estimación de sus jefes y ha dado muestras de un profundo espíritu militar, por lo que respetuosa y reglamentariamente solicita su ascenso a capitán. El ascenso a capitán lo confería el Rey, a quien iban dirigidas las cartas tramitadas por el mando operativo, el comandante general de los Tercios y Galeras don Juan de Austria, y por la autoridad militar territorial, el virrey de Sicilia duque de Sessa.

Cervantes permanecerá prisionero en Argel entre septiembre de 1575 y el mismo mes de 1580 y de lo que allí ocurrió tenemos noticia por la conocida como «Información de Argel (10 de octubre de 1580)» y por la *Topografía e historia general de Argel* de Antonio de Sosa. A los efectos de este artículo, lo que interesa son los cuatro intentos de fuga que protagonizó Cervantes en enero-febrero de 1576, septiembre de 1577, marzo de 1578 y septiembre de 1579, en todos ellos encabezando sendos grupos de prisioneros, todos ellos fracasados y de todos ellos se declara responsable. Cervantes no olvida que es militar y como tal se comporta ante el enemigo y ante sus compañeros de cautiverio, haciendo todo lo posible por evadirse y ayudar a que sus compañeros lo hagan, sin pactar con el enemigo ni aceptar trato

⁶ Esta frase vendría a abundar en la hipótesis del alistamiento de Cervantes en España, pues era donde habitualmente se formaban las compañías españolas que iban a Italia.

de favor, exactamente como preconizan las actuales Reales Ordenanzas, es decir, actúa de acuerdo con lo más digno de su espíritu y honor, cumple con su deber y ofrece generosamente su libertad por la de sus compañeros.

Cervantes no olvidará sus años de cautiverio ni a sus compañeros prisioneros. En la «Epístola a Mateo Vázquez» pide al Rey la intervención militar para liberar a «quince mil cristianos», solicitud que reitera en *El trato de Argel* (Cervantes 1952, 117), obra de teatro que escribe poco tiempo después de alcanzar la libertad. En lo primero que piensa Cervantes al ser liberado es en salvar a los que continúan en cautiverio y no duda en criticar la poca actividad militar contra los turcos poniendo en boca de Ginés de Pasamonte que «en las galeras de España hay más sosiego de aquel que sería menester» (*Quijote I, XXII*), escasa actividad que ha achacado en *El trato de Argel* a la falta de personal, al exagerado concepto de la honra, a la campaña de Portugal, a la actitud de Francia y al problema de Flandes (Cervantes 1952, 122-126-127-131). La mayor esperanza de liberación de los cautivos estaba en una gran expedición de Felipe II contra Argel, que nunca se llevó a cabo. Hay en Cervantes una denuncia contra el Monarca en cuanto no cumple con un principio básico en cualquier gobernante: hacer todo lo posible para ayudar a los soldados y a los civiles capturados por el enemigo. Pero es que sus intereses estaban ya en otra parte.

En 1581, el año en el que Felipe II pacta una tregua con el turco, volverá a África, esta vez a Orán, en cumplimiento de una misión cuyo objeto desconocemos pero que posiblemente estuviera relacionada con la suerte de los cautivos que permanecían en Argel.

Cervantes a lo largo de su trayectoria militar da muestras de valor o coraje y de generosidad, dos virtudes básicas en las que se asienta la totalidad moral de la persona, y de disciplina, espíritu de sacrificio, sentimiento del honor, compañerismo, amor a la patria y respeto a la dignidad de la persona, fundamentos del espíritu militar. Poco importa que lo que sabemos de él es porque directa o indirectamente él mismo nos lo cuenta, pues con otros personajes históricos ocurre algo similar. Lo importante es el ejemplo que nos lega con su comportamiento como soldado de Infantería española y su pensamiento sobre la profesión militar que, aunque disperso por toda su producción literaria, condensa fundamentalmente en dos pasajes del *Quijote*, la obra más importante sin duda: el «Discurso de las armas y las letras» y «La aventura del rebuzno».

En ningún momento olvida que es un militar profesional y aunque pasen los años mantiene vivos sus recuerdos y conocimientos sobre las cuestiones militares en todos sus niveles y facetas, desde la que hoy definiríamos como Política de Defensa pasando por la estrategia militar para terminar en

los aspectos tácticos o meramente procedimentales de las operaciones, sin pasar por alto los serios problemas económicos para el sostenimiento de las tropas⁷ ni descuidar los aspectos éticos y morales inherentes a la profesión.

Para Cervantes, la milicia es una escuela de valor y sacrificio, de principios, virtudes y valores, de conocimiento, que eleva al individuo y es la más noble actividad a la que puede dedicarse el hombre, ya que tiene por finalidad la consecución de un bien supremo, la paz, entendida como obra de la justicia. Cervantes defiende un orden estable mantenido por leyes justas cuya correcta aplicación está garantizada por las armas, que proporcionan la seguridad y defensa necesarias. Sin seguridad no hay libertad, sin libertad no hay justicia y sin justicia no hay paz.

Hay en el discurso cervantino un paralelismo conceptual entre armas y paz, letras y justicia, lo que conduce a la necesidad de un diálogo permanente entre las armas y las letras en pos de la justicia y la paz. Es decir, la defensa y la seguridad no son asunto exclusivo de las armas, son dimensiones morales de la vida humana que tienen como finalidad preservar, proteger y garantizar la permanencia de la sociedad –de la nación– y los valores que la sustentan, tan amenazados ahora como lo estuvieron entonces por fuerzas exógenas fuertemente ideologizadas. Cervantes, soldado de la Infantería española, se adelantó en cuatrocientos años a lo que hoy conocemos como «Cultura de Defensa y Seguridad».

⁷ Véase el comienzo del capítulo XXXVIII de la primera parte.

BIBLIOGRAFÍA

- Alonso Acero, B. (2012): «Defensa del Mediterráneo: escenarios, objetivos y estrategias», en *Historia Militar de España, T. III, Edad Moderna, V. I*. Madrid, Ministerio de Defensa.
- Albi de la Cuesta, J. (1999): *De Pavía a Rocroi. Los Tercios de Infantería española en los siglos XVI y XVII*. Madrid, Balkan.
- Astrana Marín, L. (1948-1958): *Vida ejemplar y heroica de Miguel de Cervantes*, 7 volúmenes. Madrid.
- Avalle-Arce, J.B. (1975): «La captura (Cervantes y la autobiografía)», en *Nuevos deslindes cervantinos*. Barcelona, Ariel, pp. 279-323.
- Bailón Blancas, J.M. (2001): «Pasos perdidos de Cervantes en Italia (1568-1570)», en *Cervantes en Italia*, X Coloquio Internacional de la Asociación de Cervantistas. Palma de Mallorca, Alicia V. Lecumberri ed, pp. 35-41, Centro Virtual Cervantes.
- (2009): *Nuevos datos a una biografía. Cervantes: Iglesia o más, o Casa Real*.
- Baldasarre Storace (1738): *Historia della familia Acquaviva reale d' Aragon. Con un discurso pródromo...*
- Belloso Martín, C. (2010): *La antemuralla de la Monarquía. Los Tercios españoles en el Reino de Sicilia en el siglo XVI*. Madrid, Ministerio de Defensa.
- (2015): «Miguel de Cervantes, soldado de Infantería española», en *Revista de Historia Militar, número extraordinario I*, pp. 139-154. Madrid.
- Blanco Núñez, J.M. (2012): «Combate naval: táctica, buques, mando y organización», en *Historia Militar de España, T. III, Edad Moderna, V. I*. Madrid, Ministerio de Defensa.
- Cervantes Saavedra, Miguel (1952): *Obras completas*. Recopilación, estudio preliminar, prólogos y notas por Ángel Valbuena Prat. Aguilar, Madrid.
- Domínguez Rubio, M.A. (2015): «Cervantes, soldado de Infantería en el Tercio de Sicilia», en *Revista de Historia Militar, número extraordinario I*, pp. 155-174. Madrid.
- Diccionario biográfico de los italianos (1960): *Acquaviva D' Aragón, Adriano (1544-1607)*.
- Fernández Álvarez, M. (1999): *Carlos V, el César y el hombre*. Madrid, Espasa.
- (2005): *Cervantes visto por un historiador*. Madrid, Espasa.
- Fernández de Navarrete, M. (1819): *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra*. Madrid.

- Fernández Nieto, M. (2014): «Cervantes soldado de la Infantería española», en *Revista de Historia Militar*, núm. 116, pp. 207-242. Madrid.
- Ferreras, Juan de (1724): *Historia de España. Siglo XVI. Parte decimatercia* (sic). Madrid, p. 297.
- González Sánchez-Molero, J.L. (2008): «La “Epístola a Mateo Vázquez”, redescubierta y reivindicada» en *Cervantes: Bulletin of the Cervantes Society of America*, 27.2 (Fall 2007[2008]), pp. 181-211. On line: <https://www.hnet.org/~cervantes/csa/articf07/gonzalosanchezmolero07.pdf> (consultada el 26 de marzo de 2016).
- (2010): *La “Epístola a Mateo Vázquez”: historia de una polémica literaria en torno a Cervantes*. Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos.
- Gracia, J. (2016): *Miguel de Cervantes, la conquista de la ironía*. Barcelona, Taurus.
- Información hecha en Madrid a solicitud de Rodrigo de Cervantes, padre de Miguel de Cervantes Saavedra, para probar ser su hijo noble y estar cautivo en Argel; y que por ser pobre, dicho padre no lo podía rescatar. Madrid, marzo 17 de 1578*. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes (BVC), on line: http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/informacion-general-de-miguel-de-cervantes-saavedra-y-representacion-de-sus-meritos-y-servicios-sobre-que-se-le-haga-merced-atento-a-las-causas-que-se-refieren-de-uno-de-los-oficios-que-pide-vacantes-en-indias--0/html/000d1e28-82b2-11df-acc7-002185ce6064_2.html (consultada el 21 de marzo de 2016).
- Kamen, H. (1997): *Felipe de España*. Madrid, Siglo Veintiuno de España Eds.
- Lucía Megías, J.M. (2016): *La juventud de Cervantes. Una vida en construcción (1547-1580)*. Madrid, EDAF.
- Mármol y Carvajal, Luis de (1797): *Historia del* (sic). *Rebelión y castigo de los moriscos del Reino de Granada*. Madrid. Libro décimo, cap. II, p. 421.
- Martínez Ruiz, E. (2008): *Los soldados del Rey. Los ejércitos de la Monarquía Hispánica (1480-1700)*. Madrid, ACTAS.
- Parker, G. (1998): *La gran estrategia de Felipe II*. Madrid, Alianza.
- Ramos Oliver, F. (2015): «El servicio de las armas en el *Quijote*», en *Revista de Historia Militar*, número extraordinario I, pp. 85-102. Madrid.
- Riera Guilera, C. (2005): «Cervantes, el *Quijote* y Barcelona», en *Anales Cervantinos*, Vol. XXXVII, pp. 33-43. <http://analescervantinos.revistas.csic.es>.
- Sánchez, J.L.: *Tercios.org* (consultada el 22 de marzo de 2016).

- : «Lope de Figueroa y Barradas, caballero de Santiago y comendador de los Bastimentos de Montiel», en *La Época de los Tercios*. http://www.tercios.org/personajes/figueroa_lope.html (consultada 13 de abril de 2016).
- Sliwa, K. (2005): *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra*. Kassel.
- Valtueña Borque, O. (1997): *Reales ejércitos. Análisis social del pensamiento militar de Cervantes*. Madrid, Historia Hispana.
- Vallecillo, A. (1854): *Legislación militar de España, antigua y moderna*. Madrid, tomo XI, pp. 549-586.
- Zuleta y Alejandro, J.M. (2009): «Álvaro de Sande y el Tercio de Saboya», en *Revista Ejército, núm. 815*, marzo. Madrid, Ministerio de Defensa.